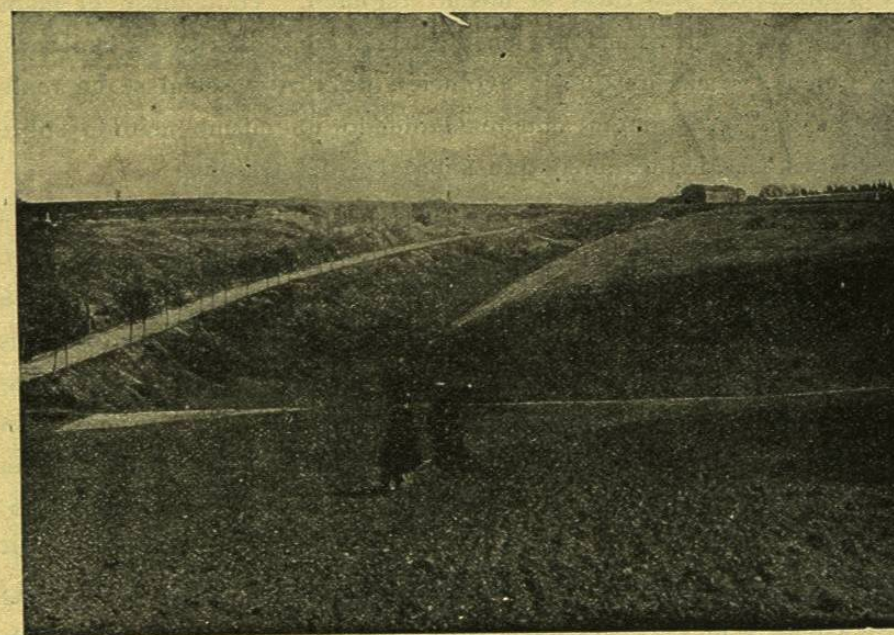


es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido á sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir á semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: «¡A Berlín, á Berlín!» los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos á combatir, á vencer y, si era preciso, á llegar á París y aun más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra el Alemán, ó más bien se atenía á la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Alemania habían aprendido todos en la escuela que el Francés es «el enemigo hereditario»; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino, perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al Francés que inspiraba Rückert: «¡Sobre el campo del vecino, arroja á lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!»

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza ó la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, «aquella hermosa expresión geográfica», se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía á una potencia extranjera, había llegado á ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba «la gloriosa unidad francesa». Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de «una é indivisible» dados á la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo,

esas mismas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron á la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales á la disociación política habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos «una» que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece á dos vertientes: por su cara meridional forma parte



Cl. P. Sellier.

BATALLA DE GRAVELOTTE (16 AGOSTO 1870)

del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, á pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado á ser Francia ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el Euskaró del Nive ó del Bidasoa y el Ardenés ó el Lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que entre el Tirolés y el Mecklemburgués ó que entre el Lombardo y el Siciliano, tan distintos, no

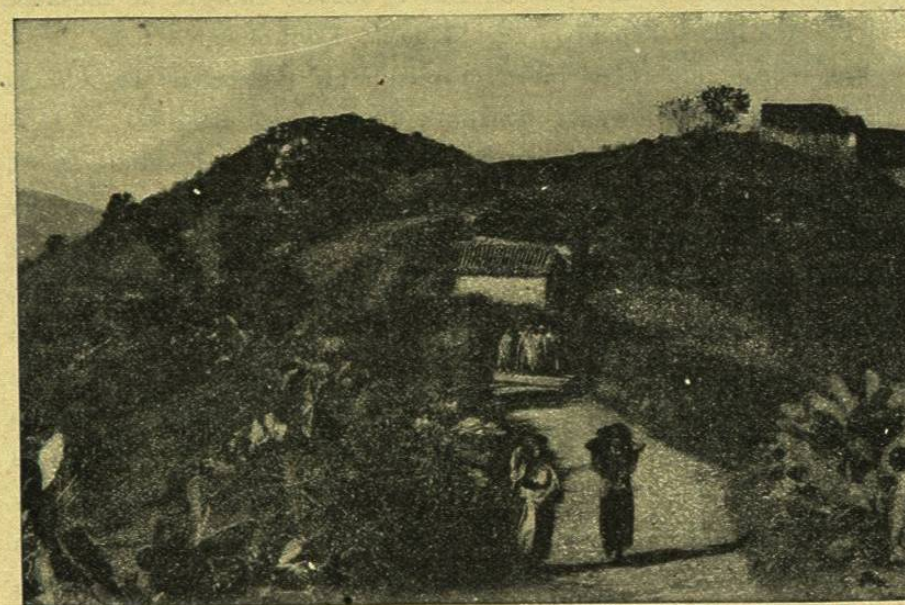
obstante, el uno del otro. Lo que ha podido causar la ilusión de los extranjeros y aún de los Franceses mismos que alaban su unidad nacional, es, por una parte, la confusión que se hace con mucha frecuencia entre todo el país y la ciudad de París, considerada como un compendio de la nación, aunque ésta se distinga de él por tan notables contrastes, y por otra, la extraña aberración de los que ven en la uniformidad administrativa el indicio de una semejanza entre las poblaciones sometidas al mismo régimen. Hallándose el mapa dividido de la misma manera en departamentos, distritos y cantones, hay quien se imagina que la evolución política y social se ha realizado natural y espontáneamente siguiendo un mismo método sobre las costas del Mediterráneo que sobre las del Océano.

Aún desde otro punto de vista era superior Alemania á Francia al comenzar el conflicto: Alemania no tenía colonias. El imperio francés no había podido seguir una política recta, bien dirigida como una flecha, porque había necesitado dispersar su pensamiento y sus actos. En consecuencia, toda la nación se había hallado como «descentrada» en su fuerza de resistencia: la conquista y la ocupación de la Argelia, los asuntos de Méjico, de la China y de la Indo-China lo mismo que todas las anexiones coloniales habían reducido proporcionalmente la parte de Francia en la vida de Europa: á ese desplazamiento de energía debe atribuirse en gran parte la formación de la Italia «una» y de la victoriosa Alemania¹. Cuando estalló la guerra, el gobierno francés tuvo que abandonar precipitadamente todos sus proyectos lejanos: hubo colonia, el Gran Bassam, por ejemplo, que fué completamente evacuada, y en la principal de las posesiones francesas, la Argelia, alguna población oprimida creyó llegado el momento favorable de reconquistar su independencia. Hubo matanzas de los nuevos ocupantes, y la reconquista de la Kabilia costó largos y penosos esfuerzos.

Por último, en 1870 Francia estaba mucho más dividida política y socialmente, y por tanto mucho menos disciplinada que Alemania: precisamente el progreso que había realizado en el sentido de la idea republicana y socialista la dividía en dos campos enemigos, que im-

¹ Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrosse*, p. 75.

posibilitaban toda obra común. Cuando se declaró la guerra, los enemigos del imperio, que representaban la flor intelectual de Francia, protestaron con indignación, y la policía hubo de proceder ante todo á aterrorizar la población de París; después, cuando la rueda de la Fortuna dió la vuelta y cayó el imperio ante las aclamaciones de los republicanos, cuando el mundo contempló de lejos con estupor el espectáculo de las poblaciones francesas, y sobre todo de la capital,



Cl. Geiser.

PAISAJE DE LA GRAN KABILIA

Detrás de la población, situada en la cima de la montaña, según la manera agradable á las Kabilas, se distingue claramente la cresta de las altas cimas del Djurdjura.

rebosando de alegría y de entusiasmo á la noticia de un desastre, pero de un desastre que les libraba de un amo, todo el organismo militar cambió en seguida de aspecto y de orientación. Mientras que los guardias nacionales y los cuerpos francos se constituían rápidamente para tomar parte en la resistencia, los que pertenecían á la casta militar se desinteresaban de la lucha; mariscales, como Bazaine, reservaban su ejército con la esperanza de restablecer el imperio ó de ayudar á alguna reacción monárquica; otros grandes personajes militares sólo se batieron por la forma, y más de uno con el deseo de ser vencidos. Una franca enemistad, excitada por los jefes, reinó

pronto éntre los soldados regulares y los ciudadanos sin mandato que tenían la pretensión de defenderse sin haber pasado por el cuartel ni el calabozo disciplinario: era necesario evitar la victoria á toda costa, puesto que hubiera aprovechado á la República con todas sus consecuencias sociales. Desunida Francia, su derrota era inevitable, y causa admiración que la resistencia hubiese durado tanto; ocurrió al fin que los que no habían querido la guerra fueron los que prolongaron la lucha y defendieron con la mayor energía la causa de Francia, que había llegado á ser la de la República.

Las tropas imperiales fueron rápidamente derrotadas en Alsacia y en la frontera de Lorena. Después de horribles matanzas, el ejército de Bazaine, fuerte de 170,000 hombres, se dejó encerrar en Metz, de donde ni siquiera intentó salir, entregado de antemano por sus jefes; el 2 de Septiembre, unos cuarenta días después de la declaración de guerra, otro gran ejército, cercado delante de Sedan, trató en vano de abrirse paso, y, como resultado, el emperador quedó prisionero y cayó el imperio: todo parecía terminado ya, pero la República no quiso declararse vencida. Del suelo brotaron nuevos ejércitos. París, que Thiers, treinta años antes, había rodeado de fuertes para bombardear la ciudad en caso de rebeldía, quiso utilizarlos contra el enemigo, á pesar de su gobierno, que se preparaba á la huida, y los Prusianos hubieron de hacer una larga y penosa campaña de invierno, extendida hasta las inmediaciones de Besançon, de Bourges, de Rennes, y ocupar casi la mitad de Francia, antes que la opinión pública permitiera al gobierno inclinarse ante el derecho de la fuerza y firmar los preliminares de la paz que habían de costar á la nación dos provincias populosas y cinco mil millones de francos (1871), la mayor contribución de guerra que se haya pagado jamás: los hacendistas hablan de ese movimiento de fondos con respetuosa emoción.

El rebajamiento de Francia y la exaltación de Prusia, transformada en imperio de Alemania, produjeron gran conmoción en el mundo. Todos los que juraban por opiniones tradicionales y sufrían antiguos prestigios vieron con estupor que se habían engañado hasta entonces y que habrían de volverse hacia un nuevo sol levante. Por un cambio brusco, unas frases triviales y sin substancia racional su-

cedieron á los antiguos y gastados lugares comunes; se aprendió á exponer las mismas necedades cambiando los nombres. En muchos puntos, desde el fondo de América hasta los archipiélagos oceánicos, se convino en que Francia había cesado de existir y sólo tenía apariencia de vida merced á la generosidad del vencedor. Como consecuencia, Americanos del Norte, Australianos, Rusos y Japoneses, afectados por un nuevo sentido de la historia, comprendieron que la literatura francesa había sido exageradamente enaltecida y que se dedicaba en las escuelas un número excesivo de horas á la enseñanza de una lengua hablada por una nación de vencidos. Hasta los pequeños pueblos bárbaros donde la enseñanza pública no existe aún, pero donde á lo menos hay un embrión de ejército, se apresuraron á reemplazar el tricornio y el chacó por el casco puntiagudo; que era un modo de rendir homenaje á la civilización, es decir, á la fuerza. De todas partes surgieron profetas anunciando la desaparición definitiva de Francia, no por efecto de su entrada próxima en la unidad superior de un mundo más civilizado, sino por efecto de la conquista y de la supresión violentas. Se llegó á presentar la cosa en fórmulas científicas, y según la «ley de Brück», que regula los destinos de los hombres conforme al ciclo del meridiano magnético, la nación francesa quedaría completamente borrada del gran libro de Oro después de la batalla de Sedan. Por último, se extendió la manía, quizá más en Francia que en Alemania, de contrastar lo que se llama el «genio latino», que sería el de la centralización, del catolicismo y del jacobinismo, con lo que se dice ser el «genio germánico», que, con la posesión de todas las virtudes, representaría ante todo el impulso personal y la libre iniciativa. En virtud de este contraste de los dos genios, el ejército del emperador Guillermo representaría el espíritu de libertad en la historia del mundo contemporáneo.

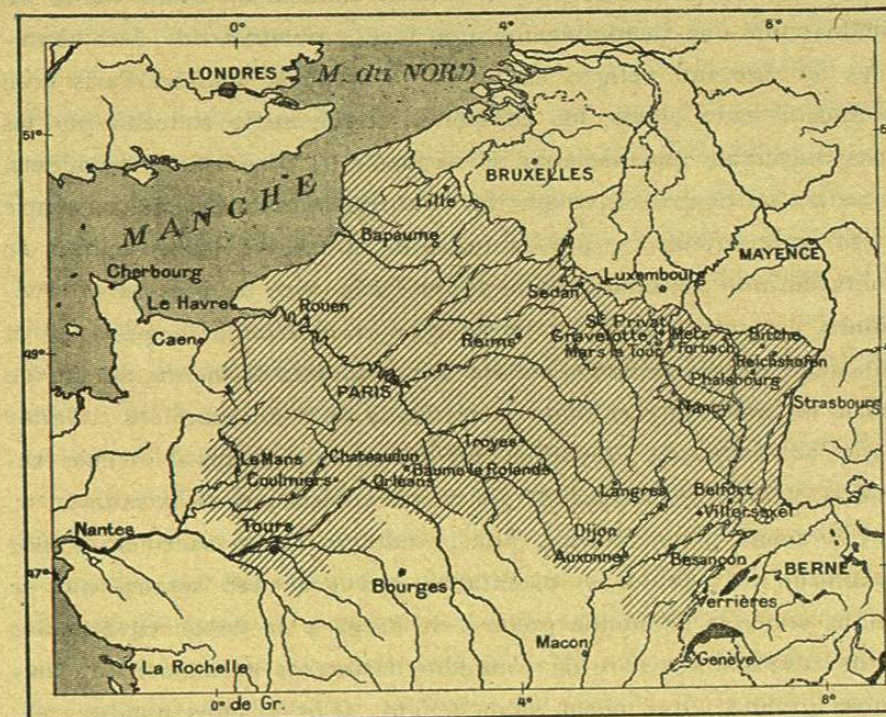
Pero, aunque en plena angustia, Francia vivía aún, y hasta puede decirse que, gracias á la ruina momentánea del gobierno central, la vida de la nación tomaba un carácter más espontáneo, más sincero, más notable por sus contrastes y, al mismo tiempo, más excitante y consolador por sus promesas para el porvenir. Las dos Francias que durante la guerra se habían levantado una contra otra, haciendo así toda victoria común absurda é imposible, volvían á encontrarse des-

pués de la paz más enemigas y más encarnizadas que nunca en la lucha. Todos los partidos políticos y religiosos que veían en las ideas republicanas y socialistas una amenaza para sus privilegios, se habían reunido en una masa compacta y furiosa para retrotraer al pueblo al gremio de la iglesia y de la monarquía, aunque para conseguirlo hubiera que apoyarse sobre la complicidad del extranjero que acababa de infligir á Francia la más cruel de las humillaciones. No desagradaba al vencedor ver su víctima luchar confundida en lo que se imaginaba había de ser el desorden caótico de la Revolución. Bismark no hizo, pues, nada en pro de los partidos monárquicos para reconstituir la monarquía que deseaban á toda costa, y, por otra parte, Italia, aunque constituía en Estado monárquico, había de ser absolutamente hostil al retroceso de una Francia de derecho divino, aliada del papado. Entregada á sus propias fuerzas, la reacción monárquica francesa contaba al menos con todos aquellos Franceses, y eran muy numerosos, que odiaban á París y á los republicanos en general por su larga resistencia y no veían salvación más que en la paz, el silencio y la rutina. Bajo el nombre de «rurales», con que se envanecían, los representantes monárquicos de Francia, que formaban la mayoría de la Asamblea, hasta hubieran querido alejarse de París como de una ciudad apestada y residir en alguna ciudad de calles pacíficas, Bourges, por ejemplo, que fué ya, en tiempos pasados, la residencia de los reyes vencidos. En cuanto á París, la ciudad maldita, se decidió ponerla á los pies de un ídolo católico, en castigo de sus pecados, y sobre la colina de Montmartre se erigió lentamente la fea basilica del Sagrado Corazón.

Pero frente á aquella asamblea rural, cuyo primer acto fué una humillación penitenciaría y que estaba resuelta á colocarse bajo el dominio de un rey, heredero de un Luis XIV y de un Luis XVI, muchas ciudades, París la primera, se constituyeron en «communes». ¿Qué entendía la multitud republicana por esa palabra de múltiples orígenes históricos procedentes de Francia y de Italia, de la Edad Media, del Renacimiento y de la Revolución? Ante todo veía una organización de lucha sin tregua contra la monarquía que querían reconstituir los Rurales y contra el poder temporal, ejercido por curas y frailes; pero veía también lo que había visto cerca de un

siglo antes, en la República misma, el alba de una sociedad nueva en la que habría más justicia y más libertad, en la que nadie carecería de pan, y en la que el hombre, libre del temor del hambre, podría

N.º 462. Francia invadida en 1871.



El territorio ocupado por los Alemanes al final del armisticio — 26 de Febrero de 1871 — es el rayado según Vidal-Lablache; Bitch, que no abrió sus puertas hasta el 11 de Marzo, Langres, Auxonne y Besançon estaban entonces libres de tropas alemanas. — Belfort, sitiada desde el 4 de Noviembre de 1870, no capituló hasta que recibió orden de París, y la guarnición salió el 18 de Febrero con los honores de guerra. — A las fechas de batallas dadas página 245 y en que Coulmiers, Bapaume y Villersexel son consideradas como victorias francesas, añadamos la defensa de Chateaudun (18 de Octubre), la batalla indecisa de Beaune-la-Rolande (18 Noviembre), las derrotas del Mans (10-12 Enero) y de Saint-Quentin (19 Enero).

ocuparse de aspiraciones más elevadas, comprender las alegrías de la vida intelectual y moral.

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Commune de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los Prusianos podrían